

CHELO ARROYO

En la oscuridad del valle



Cloé Pons

Santa Coloma de Gramenet, 18 de enero de 2022

Se despertó al sentir unos suaves arrumacos de Kiara. Abrió los ojos y allí estaba, a su lado. Su tierna mirada y sus dulces gestos la invitaban a levantarse. Nerviosa se incorporó para inmediatamente sentarse sobre sus patas traseras. Movía su cabeza de lado a lado y sus orejas, largas y caídas, se desplazaban suavemente como si fueran de papel de seda. La abrazó acariciando con su mano aquel pelo blanco, marrón y negro, necesitaba el contacto incondicional de su querida Kiara.

—¡Buenos días! —le dijo.

Kiara le contestó con un leve ladrido y corriendo se desplazó al otro lado de la cama, al lado que permanecía vacío desde hacía tres días. Cloé se dio media vuelta y la observó. Emitía una especie de triste quejido, un gemido semejante a la tristeza que ella misma sentía en su interior, un lamento que provocó que de sus ojos brotasen nuevamente las lágrimas.

Se incorporó y salió rápida de la cama. Subió enérgicamente la persiana y el sol iluminó con fuerza la estancia. Abrió la ventana y notó cómo el frío del invierno se colaba en el interior. Miró al río, hacía un día espléndido. Kiara no dejaba de saltar a su alrededor, mostrando, con aquel movimiento rítmico de su rabo, su alegría.

Acarició su pequeña cabeza mientras cogía su móvil de encima de su mesita de noche. Al dirigirse hacia la puerta, pasó por el espejo de la cómoda y no pudo evitar pararse para mirar con curiosidad su reflejo. Pasó su mano por su corto cabello y le entraron dudas de la decisión que había tomado la tarde anterior. ¿Había sido necesario cortar su larga melena? Ahora ya no podía hacer nada. Se miró con esmero repasando su pequeña cara redonda, aquellas pecas con las que había crecido y sus pequeñas orejas llenas de aros de plata. De pronto se quitó dos de ellos y recordó el momento en que Gorka se los había regalado. Había sido en aquel cumpleaños que celebraron en la Herrico Taberna de Hondarribia, cumplía veintiséis años y estaba locamente enamorada de él. Gorka había versionado la canción de *Cumpleaños feliz* y había preparado una exquisita tarta de queso con mermelada de moras. Antes de soplar las velas, lanzó su deseo a las estrellas. Retiró las velas y cogió el cuchillo para cortar dos porciones. No podía, algo impedía que el cuchillo llegase hasta la parte inferior. Gorka reía, no se lo podía creer. ¿De verdad me estás diciendo que no eres capaz de partirla? Ella lo miró y acto seguido fueron sus manos las que intentaron abrir la tarta. De allí sacó una pequeña bolsa de plástico con un sobrecito en el interior que contenía unos preciosos aros de plata vieja, los mismos que ahora estaban en sus manos. Nuevamente, sus ojos se enrojecieron, estaba a punto de volver a llorar. Respiró profundamente, lanzó los aros al interior del joyero que había pertenecido a su madre y abrió la puerta de su habitación. Empezaba un nuevo día y tenía que sacar fuerzas para afrontarlo.

Kiara salió corriendo hacia el final del pasillo y se paró en seco en la puerta del fondo. Allí se sentó y empezó a gemir. No podía entrar, la puerta estaba cerrada y, aun así, desde el exterior se oía un ronquido profundo, sereno, despreocupado... Cloé la llamó y las dos entraron en la cocina. Puso pan en la tostadora,

encendió la cafetera y colocó un bol con pienso y otro con agua fresca. Miró el reloj y comprobó que eran las ocho y media de la mañana. Tenía que darse prisa, a las diez tenía una importante reunión de trabajo. Desayunó de pie en la cocina y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha que la despejase. Echó de menos secar su larga melena, un poco de gomina fue suficiente para dar un aire fresco a su cabello. Se vistió con unos vaqueros pitillos y el jersey de lana que le había regalado su padre para Navidad. Se colocó su abrigo marinero y una suave bufanda de lana de moer que había tejido durante el último confinamiento. Llamó a Kiara y enganchó la correa al collar de su perra. Salieron juntas de casa para dar una pequeña vuelta por el parque, a la tarde irían a pasear por el río.

Después de dejar a Kiara en casa, se dirigió al garaje. Solo deseó que el tráfico de la Ronda Litoral fuese fluido, no quería llegar tarde a la reunión. Se sentía contenta de reencontrarse con sus compañeros y seguro que, durante un buen rato, tendría su pensamiento ocupado en otros asuntos y daría una tregua a su runrún.

Cloé formaba parte del equipo de investigación del exitoso programa televisivo *Desapariciones*, dirigido y presentado por Jordi Valls. La idea, el relato de desapariciones reales que han ocurrido en Cataluña, había nacido hacía unos años en una emisora de radio. La versión televisiva, que había sido tratada con una impresionante narrativa novelada, acompañada de imágenes de archivo, entrevistas realizadas mirando a la cámara y registrada en un plató diseñado expresamente para la ocasión, había sido todo un éxito.

A Cloé, su formación en Ciencias de la Información y de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona le había permitido cumplir su sueño: ejercer como periodista especializada en información policial y sucesos. Empezó su carrera

profesional en noviembre de 2014. Fue *El Diario Vasco* quien le ofreció su primera gran oportunidad y en poco tiempo se convirtió en una cara conocida en *Euskal Telebista*, donde colaboraba en diferentes programas abordando sucesos criminales y casos de especial interés humano.

No tardó en hacerse eco de ella la productora *Artimés* y en la primavera de 2019 se trasladó de nuevo a Barcelona; acababa de firmar un contrato con la productora. Cloé volvía a su ciudad natal, Santa Coloma de Gramenet.

De San Sebastián se trajo una gran experiencia laboral y a su amor, Gorka. Incondicionalmente había aceptado trasladarse con ella a la Ciudad Condal. Él, diseñador de videojuegos y un gran apasionado del mundo *gaming*, trabajaba para una conocida marca de juegos electrónicos. Su amplia capacidad creativa e innovadora y la constante aportación de ideas frescas, le había permitido conseguir un buen prestigio profesional dentro de un mundo competitivo. Sus habilidades para resolver problemas y encontrar soluciones le hacían diferente. Su trabajo, siempre bajo presión, sacaban lo mejor de él.

Juntos llegaron a Santa Coloma y se instalaron en el piso que había pertenecido a los abuelos de Cloé. Ahora, tres años más tarde, todo había cambiado entre ellos. El largo y duro confinamiento que habían sufrido durante la primavera de 2020 les había pasado una gran factura: una relación rota donde la ilusión se había ido esfumando poco a poco hasta el punto de que ahora, al mirar a aquel treintañero revoltoso, con su moño alto estilo oriental y aquella expresión de simpatía que confirmaban sus hoyuelos en las mejillas, se había ido convirtiendo, poco a poco, en un perfecto desconocido. Hacía tres días que habían decidido separarse y aunque había sido iniciativa de ella, sentía un profundo dolor que no sabía gestionar y una rabia que la carcomía al comprobar la pasividad que él había mostrado ante

la propuesta de separación. Cloé sentía como su interior se iba desmoronando. Le era difícil interpretar sus emociones y cada vez tenía más dudas de la decisión que había tomado. ¿Lo que sentía era lo que se llamaba duelo?

Con esos pensamientos llegó hasta el barrio de Poble Sec, aparcó su coche enfrente de la productora y bajó ajustándose la chaqueta y colgando su maletín del hombro. Miró el reloj; eran las diez menos diez de la mañana. Cogió su móvil y dio las «buenas noches» a su padre por WhatsApp. En estos momentos serían cerca de las tres de la madrugada en New York, en cuestión de horas recibiría sus «buenos días». Le echó de menos, era un momento triste para ella y necesitaba su contacto. Sabía que la conversación que habían mantenido el día anterior le había dejado preocupado y aunque no pudo evitar hundirse, no quiso explicarle lo que le pasaba. Había sido casi imposible mantener el tipo ante él, se sentía totalmente abatida.

Entró en el edificio y saludó a Fermín, el simpático conserje que aun estando en plena sexta ola del Covid, con una variante Ómicron totalmente desbocada, no tardó en darle un abrazo para desearle un «Feliz Año Nuevo», saltándose así cualquier protocolo de distanciamiento. Ajustándose bien la mascarilla a su cara, le indicó a qué sala se debía dirigir.

Al abrir la puerta allí estaban sus compañeros. Sentados, alrededor de una larga mesa, disfrutaban de un improvisado almuerzo. La miraron durante unos instantes hasta que Jordi exclamó:

—¡Dios, Cloé! ¿Qué te has hecho? ¡No te conocía!

—¡Soy yo! —aseguró ella, bajándose un poco la mascarilla y dando una vuelta sobre sí misma para que todos pudiesen ver su nuevo estilo—. ¡Año nuevo, imagen nueva! —continuó diciendo entre risas, mientras saludaba uno a uno a sus compañeros.

Después de ponerse al día del periodo vacacional, se sentaron ante la mesa. La reunión empezó de la mano de Jordi Valls.

—Aquí estamos nuevamente, preparados para iniciar la tercera temporada televisiva de *Desapariciones* —comenzó a explicar Jordi—. Después de dos meses de indagar en la crónica de desaparecidos de Catalunya, hemos realizado esta propuesta. —Alzó con su mano unas hojas de papel—. La selección consta de seis casos que tuvieron una gran repercusión mediática y otros cuatro que prácticamente no tuvieron eco informativo, pero que los hemos valorado como muy interesantes. —Se levantó y repartió un dossier a cada uno de los componentes del equipo—. Como podréis observar, dentro de la propuesta he asignado un nombre a cada caso. En principio, si os parece bien, tendríais que realizar el trabajo de campo. Contactar con el cuerpo policial que llevó a cabo la investigación, familiares, amigos... En fin, todo eso que vosotros sabéis hacer tan bien.

El silencio se impuso en la sala. Concentrados, revisaron el contenido de aquel dossier. Cloé se centró en el caso que le habían asignado: la desaparición de un joven de 21 años en el Prat de Llobregat la noche del 31 de octubre de 2012, tras asistir a una fiesta de Halloween que se había celebrado a las afueras de la localidad.

La voz de Ernest la sacó de su concentración.

—Yo tengo un problema. El caso que se me ha asignado lo encuentro muy interesante, pero, como todos sabéis, estoy a punto de volver a ser papá. *Las desapariciones del Ripollès* requerirían estar un tiempo por la zona para poder hacer una buena investigación y sería muy difícil hacer una conciliación familiar desde allí. Agradecería poder optar a otra investigación que se lleve a cabo en Barcelona. Por ejemplo: *La desaparición de la psicóloga de Sarrià* o *La desaparición de un joven en El Prat de Llobregat* —comentó Ernest mirando a Cloé y a Maite, cada una responsable de los dos casos citados.

—Yo no tendría problema en desplazarme al Ripollès —propuso Cloé, pensando en que podría ser una muy buena idea salir

unos días de la ciudad. Seguro que el aire del Pirineo le ayudaría a superar los amargos momentos que estaba viviendo—. Si os parece bien, hacemos el cambio.

—Sin ningún problema, lo hacemos —dijo Jordi—. Tienes razón, Ernest, es mejor que te quedes en la ciudad. Disculpa por no haber tenido presente tu situación personal.

—Tranquilo, Jordi, en otro momento me hubiese encantado, pero ahora... Muchas gracias, Cloé, seguro que disfrutarás mucho con la investigación del caso. Desde luego se ve muy interesante...

Cloé se concentró en las *Desapariciones en la comarca del Ripollès*, el informe decía lo siguiente:

Arlet Arrufat Puig, de 26 años, desapareció el 17 de mayo de 1978 en la localidad de Campelles, Girona. La pista de la joven se perdió cuando se dirigía a su puesto de trabajo en El Baell. La bicicleta que utilizaba como medio de transporte fue encontrada en la cuneta de la carretera que une Campelles con Ribes de Freser, a cuatro kilómetros del pueblo. Desde un primer momento se descartó la posibilidad de que la joven hubiese sufrido un accidente, ya que no se encontró ningún signo evidente de atropello a lo largo de los seis kilómetros del tramo de la carretera. La investigación que llevó a cabo la Guardia Civil no logró dar con el paradero de la joven, llegando a la conclusión de que, probablemente, estaban ante un caso de desaparición voluntaria. Actualmente continúa desaparecida.

Francina Arrufat Puig, de 37 años, hermana menor de Arlet, desapareció el 14 de diciembre de 1993. La última vez que fue vista estaba cogiendo setas en un prado de la Serra de Montgrony. La voz de alarma la dio su propio padre cuando, después de comprobar que su hija no estaba en casa, fue informado por su vecino del lugar donde se había dirigido. Padre e hijo inspeccionaron los prados donde solía ir a por setas, pero no la encontraron. Oriol Arrufat, padre de la

desaparecida, temiendo que a su hija le hubiese ocurrido algo peor, se personó en el puesto de la Guardia Civil para informar del suceso. Descartando desde el principio una posible pérdida, por el gran conocimiento que tenía sobre la orografía de la montaña, se centraron en un posible accidente o una desaparición forzosa. Después de abrir varias líneas de investigación, nunca se llegó a esclarecer lo que había sucedido. Francina, al igual que su hermana Arlet, continúa desaparecida.

El resumen de los dos casos iba acompañado de otros datos importantes para la investigación. Un caso de desapariciones que nunca se llegó a cerrar.

Comentaron con sus compañeros los diferentes casos que se habían planteado y dieron por finalizada la reunión. En una semana se verían de nuevo para evaluar el avance de las investigaciones.

Cloé salió del edificio y se dirigió hacia su coche para desplazarse nuevamente a Santa Coloma. El intenso tráfico de la Ronda Litoral convirtió el camino de vuelta en una agobiante caravana, acelerando y frenando constantemente para solo conseguir avanzar unos metros. Decidió invertir ese tiempo en organizar su próximo traslado a la comarca del Ripollès, en concreto a Campelles. Debía buscar un alojamiento y preparar todo lo necesario para la investigación. La tarde la dedicaría a investigar por Internet las noticias publicadas en relación con su caso y prepararía la maleta. Repasó mentalmente sus atuendos de invierno. Necesitaba ropa cómoda y de abrigo, ya que las temperaturas de la zona donde se iba a trasladar oscilaban entre mínimas de cinco grados bajo cero y máximas de seis grados. Pensó en Kiara, eso era lo peor, separarse en estos momentos de ella le iba a doler, pero no tenía otra opción. Hablaría con Gorka e intentarían buscar una buena solución.

Separaciones dolorosas

A las dos de la tarde cruzaba por fin el puente de Potosí que daba acceso a su ciudad. Aparcó en el garaje y se dirigió a la frutería de la avenida Santa Coloma a comprar mandarinas y plátanos, de los de La Palma, donde el volcán Cumbre Vieja había rugido con gran intensidad durante 85 días y donde la colada volcánica de lava había engullido todo lo que encontraba a su paso. Miles de personas evacuadas, centenares de hectáreas de cultivo arrasadas, viviendas destruidas, carreteras desaparecidas, tendidos eléctricos calcinados y un largo etcétera, habían convertido a los palmeros en un claro ejemplo de entereza, eficacia y solidaridad. Ella se había solidarizado totalmente con la isla y participaba en todo lo que podía para recaudar fondos para los isleños. Gorka y ella llevaban a cabo desde septiembre el reto de un plátano al día, una de las muchas aportaciones que habían llevado a cabo.

Al entrar en casa se sintió desolada. En el comedor, dos maletas y tres cajas anunciaban la despedida.

—Hola —dijo con un nudo en la garganta.

—Hola, Cloé —contestó Gorka, saliendo de la cocina.

—¿Y todo esto? —preguntó señalando los diferentes paquetes que estaban frente a ella.

—Cloé, vuelvo a San Sebastián. En estos momentos es lo único que puedo hacer. Démonos un tiempo, será lo mejor para los dos. Mi hermano está a punto de llegar con su furgoneta... —Cloé sintió en su interior un intenso dolor y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas—. No llores, no me hagas más difícil este momento, por mi parte no es un adiós. Hagamos un paréntesis y pensemos bien qué es lo que queremos... Yo creo tener las cosas claras, pero tus dudas y tu desamor no me ayudan en estos momentos. Paremos aquí antes de hacernos más daño... ¿Vale? —Cogiéndola de los hombros, se acercó a ella y se fundieron en un abrazo. Kiara saltaba contenta alrededor de ellos, ignorando el contenido de aquel abrazo, se sentía feliz—. Venga, Cloé, no quiero salir de casa recordando tus lágrimas, quiero llevarme tu sonrisa, tu simpatía, tus ocurrencias... Quiero llevarme a mi Cloé.

—No sé, Gorka, no sé qué me está pasando, no tengo claro nada. ¿Voy a tener fuerzas para enfrentarme a la distancia? —le preguntó secándose los ojos con un pañuelo que había sacado del bolsillo de su pantalón—. Mañana me traslado a Campelles para llevar a cabo una investigación. Estaré fuera unos días, no hace falta que te vayas.

—Pero ¿cómo me voy a quedar? —le preguntó Gorka, sin entender qué era lo que realmente quería ella—. Mira, Cloé, durante los últimos días he pensado mucho en todo lo que me planteaste y yo he tomado la decisión de volver a mi casa. Estaremos en contacto, hablaremos de nuestro dolor y, sobre todo, nos plantearemos nuestro futuro. Yo también necesito en estos momentos a los míos, entiéndelo.

—¿Y Kiara? —preguntó abrazándola— ¿Qué haremos con ella? Yo no me la puedo llevar a Campelles ni tú a San Sebastián.

—¿Por qué no la dejas con Elena? Estará encantada de quedarse con ella unos días —propuso Gorka en el momento en que sonaba el timbre del piso.

Cloé abrió la puerta y allí estaba el hermano menor de Gorka.

—Hola, Xabi —saludó Cloé, dándole dos besos.

—Hola —contestó un poco incómodo por la situación—.
¿Cómo estáis?

—Bien, Xabi, no te preocupes, entra —dijo Gorka dando un abrazo a su hermano—. ¿Has aparcado bien?

—Sí, he encontrado aparcamiento en el paseo del río. He tenido suerte, está realmente cerca —explicó Xabi, quitándose la chaqueta.

—Pues, si te parece bien, comemos, cargamos la furgoneta y nos vamos. Yo puedo conducir y así tú descansas. Si salimos sobre las cuatro podemos llegar a casa sobre las once.

—Perfecto, ¿esto es lo que hay que cargar? —preguntó dirigiéndose a inspeccionar los bultos del comedor.

—Eso y dos cajas más que tengo en mi habitación, solo falta precintarlas.

Cloé se retiró a su habitación, cogió su estatua de bronce y se sentó a los pies de la cama. Abrazada fuertemente a ella, le pidió que le diera fuerza, serenidad, entereza... Era lo más cerca que podía estar de su madre. Aquella talla, que prácticamente le había acompañado toda su vida, había sido esculpida por su padre. Allí estaba Mar, su joven madre, sosteniendo entre sus brazos a la pequeña Cloé.

El tono de su móvil la arrancó sobresaltada de sus pensamientos. Al mirar la pantalla vio que la llamada era de su padre.

—Hola, papá —contestó, repasando con sus dedos las facciones perfectas de su madre.

—Hola, ¿cómo está mi pequeña? —preguntó su padre, intuyendo que algo estaba pasando. La conocía muy bien y las últimas conversaciones le habían dejado preocupado.

—Mal, papá, estoy pasando por un mal momento... —Cloé rompió a llorar.

Poco a poco, con gran esfuerzo, le explicó las dudas y los miedos que azotaban su corazón. Él escuchó a su hija en silencio, dejó que expresase todo su dolor y solo deseó estar a su lado para poderla abrazar. Su niña, que siempre se había caracterizado por ser una personita fuerte, decidida y segura de sí misma, estaba rota en estos momentos.

—Cloé, intenta serenarte, no tomes decisiones en caliente. Date un tiempo y valora, no te precipites, utiliza la balanza del amor, sopesa lo bueno y lo malo, escucha a las mariposas de tu interior y a tu corazón. Yo creo que os puede venir bien a los dos el hecho de que Gorka vuelva a su casa. A veces, es la distancia la que nos hace ver la realidad, no la temas, Cloé —le explicaba su padre que bien entendía del dolor del alma—. ¿Quieres venirte unos días a New York? El próximo sábado inauguro una nueva exposición...

—No, papá —le interrumpió—, mañana me voy a Campelles.

—¿A Campelles? ¿Y eso? —preguntó su padre sorprendido.

—Escapada de trabajo al Ripollès. Empieza la tercera temporada de *Desapariciones* y abrimos allí la investigación de un caso.

—¿Qué caso es?

—La desaparición de dos hermanas, una en los años setenta y la otra en los noventa. No sé mucho más.

—¿Y dónde te vas a alojar?

—No lo sé, papá, esta tarde tengo que mirar el alojamiento. ¿Conoces la zona?

Un frío silencio se impuso entre ellos...

—¿Papá? ¿Estás ahí? —preguntó Cloé, pensando que se había cortado la llamada.

—Sí, estoy aquí... ¿No hay posibilidad de que cambies de investigación?

—Pero ¿por qué? ¿Qué te pasa, papá? —preguntó extrañada. Después de otro largo silencio, Tiago contestó.

—No es buena época para ir a Campelles. Las temperaturas son muy bajas y en muchas ocasiones las carreteras quedan cortadas por la nieve. Campelles está a una altitud considerable y las carreteras que recorren los pueblos de alrededor no son de las mejores por las que puedes circular.

—Papá, qué exagerado eres, estate tranquilo, por favor, seguro que todo irá bien.

—Ten mucho cuidado, Cloé.

—Tranquilo, lo tendré... Así que veo que conoces la zona, ¿no? ¿Alguna recomendación?

—Bueno, he ido alguna vez por allí, pero ahora hace muchos años que no voy. Solo te recomiendo que tengas cuidado y si buscas alojamiento deberías de plantearte Ribes de Freser, es un pueblo bastante más grande que Campelles y mejor comunicado.

—Gracias, papá, te aseguro que tendré mucho cuidado y seré prevenida. Llevaré cadenas por si encuentro nieve, siempre con la batería del móvil cargada y algo de comida y agua en el coche, por si me quedo aislada en alguna zona del Pirineo —aseguró Cloé a su padre entre risas—. Te mantendré informado.

—Gracias, pequeña.

—Por cierto, papa, había pensado llamar a Elena para pedirle que se quedase con Kiara durante los días que marchó fuera, ¿hago bien?

—¡Por supuesto! Estará encantada con su compañía. Desde que Óscar se trasladó a vivir a su casa aquello parece un zoológico, no creo que les importe tener a la preciosa Kiara. Llámala.

—De acuerdo, esta tarde lo haré. Cuídate mucho, papá. Te quiero —se despidió Cloé.

—Adiós, Cloé, te quiero.

Tiago y Mar

Tiago Pons, un reconocido escultor de arte contemporáneo, bien sabía de lo que hablaba su hija: el dolor del amor... Él lo había vivido en su interior y todavía, hoy en día, sentía una profunda angustia al recordarlo. A la edad de 22 años tuvo que enfrentarse a la muerte de Mar, su gran amor. Fueron años de oscuridad que quedaron reflejados en toda su producción artística. Sin fuerzas se enfrentó a una paternidad en solitario.

Había conocido a Mar en la facultad de Bellas Artes de la Universidad de Barcelona. Ella era modelo en el taller de proyectos de pintura y dibujo y rápidamente quedó encandilado de aquella belleza: su larga melena, aquella mirada profunda, la armonía de su cuerpo, aquellos movimientos que hablaban... En su interior se despertó la llama del amor. Destinó tiempo y tiempo a recordarla; repetía, una y otra vez, dibujos de ella y ansiaba el momento de la clase de proyectos, era el instante más esperado de toda la semana. El último día de clase, antes de las vacaciones de Navidad, se atrevió a entregarle un regalo. Ella, que se había quedado sorprendida ante el presente, rasgó el envoltorio para descubrir, impresionada, una pequeña libreta con preciosos dibujos de ella. Él aprovechó la situación para invitarla a una cerveza en la cantina de la Facultad. Así había

empezado todo. Juntos disfrutaron del aire huracanado en el que se había convertido su relación, aderezada de pasión, sin miedos, con una locura incondicional que los arrastró a lo más profundo de sus almas hasta que un embarazo puso freno a aquella lujuria de amor.

Juntos decidieron ser padres, contaban con la ayuda incondicional de la familia de Tiago. Ella hizo frente a una maternidad muy joven y aunque se sentía totalmente respaldada por Tiago, no tuvo fuerzas para afrontar de nuevo su vida profesional. Las estrictas exigencias derivadas del mundo de la moda, donde todo podía depender de unos gramos, la llevaron a un oscuro mundo del que nunca logró salir. Una fría noche de noviembre su luz se apagó para siempre. Fue Tiago quien encontró el cuerpo sin vida de Mar. Aquella madrugada, al despertarse, vio que no estaba en la cama. Conocedor de sus episodios de insomnio, se levantó para hacerla compañía. Al encender la luz del comedor descubrió que, estirada sobre el sofá, como si de una *Maja* se tratase, estaba Mar. Un grito desgarrador salió de su interior... Nada pudo hacer por ella, una sobredosis de barbitúricos había acabado con su vida. Mar se había ido y con ella se llevaba gran parte de él. Totalmente roto, afrontó una vida solo coloreada por la pequeña Cloé.

Desde hacía cinco años vivía en New York. Echaba de menos a su hija y cada vez que podía viajaba a Barcelona para pasar unos días con ella. El tiempo de pandemia le había enseñado a aprovechar todos los momentos.

Tiago marcó el número de Elena. Ella, inspectora del grupo de investigación criminal de los Mossos d'Esquadra de Santa Coloma, era la pareja de Óscar, subinspector del grupo de investigación criminal, su gran amigo de la infancia. Eran de la misma pandilla y llevaban toda la vida juntos. Elena siempre había sentido un cariño especial por Cloé y estaba pendiente

de ella para lo que necesitase. Compartían dos mundos profesionales que convergían en uno solo y eran grandes apasionadas del mundo *Escape Room*.

Elena no contestó a la llamada. Quedó pendiente, más tarde volvería a probar.

Cloé se sentó en la mesa a comer. Gorka y Xabi ya estaban acabando.

—Dame tu plato que te lo caliente, has tardado tanto en venir que se debe de haber enfriado —dijo Gorka, cogiendo el plato—. Este puchero se tiene que comer bien caliente, está buenísimo.

—Gracias, Gorka, me ha llamado mi padre, por eso me he retrasado.

—Tranquila, nosotros hemos empezado porque tenemos un poco de prisa.

—Me lo imagino... —dijo Cloé, apareciendo nuevamente ese nudo que últimamente tenía tan presente en su garganta.

Xavi continuó explicando a Gorka la enfermedad de su abuela. Un Alzheimer galopante había acabado con todos sus recuerdos. La *amona* ya no conocía a nadie, vivía en un mundo al que nadie podía acceder.

Acabaron de comer y tomaron café. El momento se acercaba y Cloé decidió no estar presente. Se despidió de Gorka con un fuerte abrazo y fue incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Después de dar dos besos a Xabi, llamó a Kiara y se fueron a pasear por el río Besòs. Al salir a la calle notó que la tarde estaba fría, miró al cielo y pudo comprobar como desde las comarcas del interior, un batallón de nubes grises avanzaba imponiéndose en aquel cielo despejado que había lucido durante toda la mañana. Era una tarde triste.

Sobre las seis volvió a casa. No quiso encender la luz del comedor y se dirigió directamente a su habitación. Kiara se estiró en la alfombra y ella abrió el armario. Lo primero que bajó

del atillo fue la maleta, a continuación, eligió ropa de abrigo y todos los complementos necesarios para hacer frente a las bajas temperaturas. Antes de cerrarla, entró en el baño y preparó su neceser. Dejó la maleta al lado de la puerta y sacó del maletín su ordenador. Se quitó las botas y se estiró en la cama, arropada con una suave manta, empezó a mirar cómo llegar hasta Campelles.

Estudió con detenimiento la comarca del Ripollès, localizando los municipios de Ripoll, Ribes de Freser, Campelles y El Baell, allí encontró un pequeño hotel donde decidió alojarse. Mandó un correo electrónico haciendo la reserva, en principio para un día y luego ya valoraría si la elección había sido acertada.

En ese momento su móvil sonó, al ver el nombre de Elena en la pantalla recordó que debía de haberla llamado a primera hora de la tarde. Se había olvidado totalmente de la llamada.

—Hola, Elena —dijo Cloé, nada más descolgar.

—Hola, Cloé, ¿estás en casa?

—Sí, aquí estoy... Perdona, Elena, quería haberte llamado y se me ha olvidado... Estoy un poco descentrada...

—No te preocupes, hace un rato he estado hablando con tu padre, está un poco preocupado. Ya sabes cómo es... Me ha explicado que marchas a Campelles y que querías dejarnos a Kiara —comentó Elena, evitando así que Cloé tuviese que dar explicaciones—. Solo quiero decirte que no hay ningún problema, estaremos encantados de quedarnos con ella. ¿Cuándo te vas?

—Muchas gracias, Elena, me quiero ir mañana a primera hora.

—¿Quieres que pase por tu casa y nos vemos un rato? Podemos cenar algo en el Kimera, ¿qué te parece?

—Me parece genial, me irá muy bien verte un ratito.

—Pues ve preparándote, en un cuarto de hora te espero en el bar.

—Perfecto, nos vemos en un rato —dijo Cloé algo más animada, hablar con Elena siempre la reconfortaba.

Cuando Cloé bajó al Kimera vio que Elena ya había llegado. Aquel bar, situado debajo de su casa, había sido el lugar de encuentro de toda la pandilla de su padre. Las decenas de fotografías que decoraban las paredes del bar así lo demostraban. Su padre, rodeado de amigos, salía en muchas de ellas. Cloé también solía pasar por allí, lo cierto era que aquel lugar era como una gran familia.

Atravesó el bar saludando a los presentes. Sentada al final de la barra estaba Elena hablando con Josi, el dueño del bar. Se acercó hasta ellos y los saludó. Elena se levantó del taburete y abrazó a Cloé.

—¿Nos sentamos en una mesa? —le preguntó Elena.

—Sí, mejor —aceptó ella.

Pidieron unas cervezas y unos serranitos. Sentadas en la última mesa, Cloé explicó a Elena la situación en que se encontraba. Elena, que tampoco había tenido una vida fácil, entendía a Cloé. La recordó que podía contar con ella para lo que necesitase y la animó a confiar en que poco a poco se iría recuperando.

—Solo el tiempo te dará la respuesta —comentó Elena—. Ahora necesitas tranquilidad y tener tu mente ocupada. Te irá bien empezar a trabajar... Cuéntame el caso que vas a investigar.

Cloé le explicó lo poco que sabía sobre el caso de las desapariciones en Campelles, en cuanto llegase a casa quería hacer una búsqueda por internet, pero no confiaba mucho en encontrar información. Eran casos que habían ocurrido hacía muchos años.

Salieron del bar a las nueve y media de la noche. Elena subió a casa de Cloé para llevarse a Kiara. En un momento, Cloé preparó la mochila de su perrita con su manta, su pelota, su pienso y su medicación. La abrazó fuertemente y se despidió de ella. No pudo evitar que se le saltasen las lágrimas... Había sido un día muy duro de despedidas. Elena la abrazó y le dijo.

—A lo mejor te damos una sorpresa... Tengo ganas de pasar un día en la nieve.

—¿En serio? —preguntó Cloé.

—Ya veremos —contestó Elena, bajando las escaleras—. Hasta pronto, Cloé.

—Hasta pronto —dijo Cloé, apoyada en el quicio de su puerta. Kiara se detuvo y miró hacia atrás, con un pequeño ladrido la invitó a que las acompañase. Ella prefirió cerrar la puerta, no podía con aquella despedida.

A las ocho de la mañana del miércoles 19 de enero, Cloé abandonaba su ciudad. Empezaba una investigación que, sin ella saberlo, acabaría dando un giro completo a su propia vida.

La última visita

Apenas quedaba agua en el cántaro y la tenue luz que se filtra por aquella pequeña rendija, situada en un rincón de la parte más alta de la estancia, anunciaba el atardecer, la hora vísperas. Había soportado las bajas temperaturas de los últimos días, arropada a todas las pieles que había en la estancia y utilizaba su manta a modo de capa. Sin prácticamente nada para comer había esperado, acurrucada en su jergón, su llegada.

Se incorporó y retiró los atriles. Con gran dificultad se tendió boca abajo y, en contacto con aquel suelo duro y frío, con los brazos en cruz, rezó una y otra vez para que volviese.

Cansada, sin apenas fuerzas, rebuscó entre los sacos amontonados al lado de la puerta. Solo encontró un par de castañas pilongas carcomidas por gusanos. Cogió una piedra de la lumbre y las golpeó fuertemente. Devoró aquellas migas de castañas y bebió un sorbo de agua.

Arrastró su jergón hasta el rincón donde reposaban los libros y, con mucho cuidado, los fue depositando encima de las pieles y así, tapada por una decena de códices, se enfrentó a una de las noches más frías de aquel largo y duro invierno.

Soñó con su familia. Vio a su hijo corriendo por un verde prado, corría hacia ella con los brazos abiertos, pero, según

avanzaba, se iba convirtiendo, poco a poco, en un hombre que nunca conseguía llegar hasta sus brazos. La angustia del sueño la despertó. Oyó algo. Se incorporó y con mucho cuidado se levantó para acercarse hasta aquella robusta puerta.

Colocó los libros en sus anaqueles y situó los atriles en su sitio, al lado de las velas de cera, aquellas que ella tenía prohibido encender. En ese momento, la puerta se abrió para dar paso a Guifré que, vestido con su túnica benedictina, su escapulario y aquellas viejas sandalias, cargaba con gran esfuerzo un saco de leña.

—Dios te guarde —saludó Guifré, dejando el saco en el suelo.

—A la paz de Dios —contestó ella, con una leve reverencia.

—¿Por qué no has encendido el fuego? Está nevando y hace mucho frío... ¡Dios mío! ¿Cómo puedes aguantar este helor?

—¡No hay leña, no hay agua, no hay comida, no hay nada, solo hay frío! —contestó ella enfadada, sabía que no debía hablarle en ese tono, pero no pudo evitarlo—. Hace días que no vienes...

—Derrumbada empezó a llorar.

—¿Cómo puedes decir que hace días que no vengo si ayer estuvimos preparando las pieles? —le preguntó Guifré mirándola fijamente a los ojos—. Sabes que mentir es un pecado y si crees no mentir... ¿No será que estás poseída por el Diablo?

—No empieces con tus retahílas, por favor...

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Yo que te salvé del mal uso de la cugucia! De sobras eres conocedora de la suerte que habrías corrido tú y toda tu familia si el conde Arnau supiese de vuestros actos. ¡Pídeme perdón ahora mismo y ponte a rezar!

Resignada, con las pocas fuerzas que le quedaban, se arrodilló ante el Pantocrátor que iluminaba una de las paredes. Con la boca seca y la voz rota, inició sus rezos.

Guifré trajinaba a sus espaldas. Había encendido el fuego y la estancia empezaba a caldearse. Cuando escuchó que cerraba la puerta, oyó a sus espaldas:

—Ora et labora.

Era la señal de que podía continuar rezando mientras trabajaba. Se incorporó para dirigirse hacia la alacena. Los víveres que había traído estaban dispuestos en cestas. Un trozo de tocino rancio colgaba de una madera astillada.

Cortó diferentes verduras y las puso a cocer en un puchero de barro junto con una porción de tocino. Cogió dos medidas de trigo molido y las mezcló con agua. Pacientemente, amasó los ingredientes y los introdujo en un pequeño horno situado al lado de la lumbre. Aquella habitación tomaba un ambiente hogareño. El olor de la comida, mezclado con aquel aroma del pan, había trastornado a sus tripas que rugían enérgicamente pidiendo comida.

—Hay que preparar tinta negra. Apresúrate.

Aquella mujer sexagenaria, que no superaba en peso las cuatro arrobas, con aquel largo cabello blanco, preparó una infusión de agallas. Cogió un cuenco de madera y dispuso el vitriolo de hierro. Antes de hacer la mezcla, sacó del horno el pan y lo dejó enfriar encima de la tabla anclada a la pared del hogar. Movi6 el puchero y retir6 del fuego la infusi6n. Volc6 el l6quido en el cuenco y removió la mezcla hasta conseguir una textura homog6nea con la densidad adecuada. Enfri6 la tinta al lado del pan.

Guifré, de pie frente al atril, iluminado por las velas de cera, asía con su mano una hermosa pluma de oca y con una caligrafía impecable escribía su propia vida.

—¿Ya está preparada la tinta? —preguntó el monje al ver que ella abandonaba el hogar.

—Se está enfriando —contestó.

—Abatana la piel de cordero que hay en la saca y esmérate, estos últimos pergaminos son más gruesos que los anteriores. Los quiero finos, muy finos —exigió el monje.

Asintió. En cuclillas, delante de aquella piedra molera, extrajo las pieles de una en una del interior del saco. Con mucha paciencia, con movimientos rítmicos, fue trabajándolas con su piedra de pómez hasta conseguir una superficie fina, lisa y uniforme.

—La hora sexta —dijo Guifré, limpiando su pluma.

Aquella mujer se dirigió rápidamente a la zona que utilizaban de refectorio y, sin perder un instante, sirvió la comida en las escudillas, vertió en los cuencos dos cuartillos de vino y partió con sus manos dos mendrugos de pan. Guifré se acercó a la mesa, se persignó delante de los alimentos y ordenó.

—Al púlpito.

Ella obedeció y, subida en aquella escalera de madera que utilizaban a modo de púlpito, recitó la Regla de San Benito mientras su boca se hacía agua viendo como Guifré se saciaba en silencio con aquellas viandas.

No tardó mucho el monje en sentirse pleno y ella, desesperada, bajó los dos escalones de la tarima para correr a comer. Ahora era él quien leía la Biblia. Agradeció que, por fin, aquellos alimentos que tomaba resarciesen a su castigado estómago. En silencio devoró hasta la última miga.

Durante el tiempo de descanso, el monje le explicó las revueltas que empezaban a darse entre los campesinos. Las leyes abusivas impuestas por el señor del feudo a sus siervos, los habían llevado a una condición servil insostenible. El señor, amo de los campos, de los caminos, de los puentes, de los molinos y encargado de impartir jurisdicción civil y criminal, usaba su poder para enriquecerse ante una población diezmada, hambrienta y terriblemente explotada y perseguida. Eran los malos usos señoriales.

Ella lo miraba, hacía mucho tiempo que había aprendido a no escucharlo. Esperaría, con aquella paciencia que le había concedido el tiempo, a que llegase la hora nona. Después, cada uno seguiría con su trabajo.

Aquella noche, él decidió dormir en la estancia. Después de sus rezos, cansado y con grandes dificultades para moverse, se estiró en un jergón al lado de la lumbre. Ella se acostó en el rincón que tenía destinado.

Con el estómago lleno y la calidez que desprendía el fuego, se sumió en un profundo sueño hasta que unos fuertes gritos la despertaron. Guifré discutía acaloradamente con Florencio que, sumido en un llanto amargo, le rogaba que le escuchase. Ella decidió no moverse de su jergón, no era el momento de hablar con Florencio, la discusión se les estaba yendo de las manos. Guifré, fuera de sí, enojado como pocas veces ella lo había visto, y sumamente nervioso, acabó abandonando la estancia dando un fuerte portazo al salir. Fue la última vez que lo vio.

A partir de ese momento empezó para ella una nueva pesadilla. La ausencia de él acabaría prolongándose en el tiempo, mucho más de lo que era habitual, y ella empezaría a temer que la hubiese abandonado para siempre. Eso podría ser el final de todo...

Rumbo a Campelles

Una vez superado el Nus de la Trinitat, donde un entresijo de diferentes vías procedentes de diversos puntos de Catalunya confluye en un eje circular, Cloé tomó la carretera C17. Tenía por delante más de 100 Km hasta llegar a su destino.

Pasado Vic, la temperatura comenzó a descender. El paisaje empezaba a cambiar y a lo lejos ya se divisaban las montañas nevadas. Llegó a Ripoll rozando los cero grados. El cielo empezó a taparse por nubes grises y solo deseó llegar a El Baell antes de que empezase a nevar.

La subida desde Ribes de Freser a El Baell se antojó lenta y dificultosa. La nieve se acumulaba en la cuneta y el firme de la carretera estaba helado. En esos momentos recordó las palabras de su padre del día anterior... Se convirtieron en seis kilómetros interminables.

Pasadas las once de la mañana llegó al Terralta, el pequeño hotel de El Baell donde había reservado una habitación. Estacionó su vehículo en unos aparcamientos situados debajo del porche del hotel y bajó del coche bien abrigada. Antes de subir las escaleras que daban acceso al pequeño hotel, se giró y cruzó la estrecha carretera para observar el paisaje. Prendada se quedó ante aquellas altas montañas que, cubiertas por un grueso

manto blanco, se convertían en centinelas de aquel hermoso valle mostrando una preciosa estampa invernal.

El aire frío la hizo reaccionar y rápidamente cruzó la carretera para subir corriendo aquellas escaleras que daban la entrada al Terralta.

Abrió la puerta y una sensación de calidez la acogió. Aquella chimenea circular, situada en mitad de la estancia, con sus troncos en llama, caldeaban un salón que hacía las veces de bar y restaurante. No vio a nadie.

Se dirigió hacia el mostrador de recepción y tocó un pequeño timbre de mesa. Inmediatamente, escuchó la voz de una señora.

—¡Un momento!

Cloé se quitó los guantes para sacar de su billetero el carné de identidad.

—¡Buenos días! —saludó una señora que acababa de salir por una puerta secándose las manos.

—Buenos días —contestó Cloé—. Soy Cloé Pons y ayer hice una reserva.

—Sí, así es, lo he visto esta mañana —dijo la señora poniéndose unas gafas de ver de cerca—. ¿Me permite su carné? —Cloé alargó su mano para entregárselo—. Gracias.

Aquella señora de mediana edad, alta y fuerte, vestía una amplia camisa de franela a cuadros en tonos grisáceos y unos estrechos pantalones negros. Pese a las rudas botas de montaña que calzaba, se movía con gran agilidad. Su pelo castaño, recogido en un moño alto, dejaba a la vista una cara lozana con unas mejillas enrojecidas por los contrastes de temperatura que enseguida tapó con su mascarilla. Sentada ante el ordenador, completó sus datos personales. Fotocopió su carné y se lo devolvió.

—Aquí tiene su carné —dijo poniéndolo encima del mostrador—. ¿Quiere que le dé información sobre el valle? Tenemos una gran oferta de actividades para realizar en invierno...

—No se preocupe —la interrumpió Cloé—. Vengo a pasar unos días por motivos de trabajo. Ya habrá otra ocasión para visitarlo.

—De acuerdo. Me llamo Regina y si necesita cualquier cosa siempre me encontrará por aquí. Tome la llave. Su habitación es la 103. En esta época del año, entre semana, no tenemos muchos huéspedes, pero los fines de semana es otra cosa. A ver si pronto volvemos a la normalidad de antes de la pandemia.

—Muchas gracias —contestó Cloé, cogiendo la llave.

—Se me olvidaba, tenga la contraseña del WIFI, seguro que la necesitará. Y también le doy este folleto con los horarios del desayuno y de las comidas. Si desea algún servicio avísame.

—Pues ya le digo que hoy comeré aquí.

—Perfecto. Lo tendré en cuenta. ¿Viene a trabajar al valle? —preguntó la señora, intrigada.

—Lo cierto es que vengo a realizar una investigación sobre unas desapariciones que ocurrieron en Campelles.

—¡Dios mío! —exclamó Regina, posando su mano encima de su mascarilla, como queriéndose tapar la boca—. ¿Viene a investigar la desaparición de Francina? —preguntó sorprendida.

—La desaparición de Francina y la de su hermana Arlet...

—¡No me lo puedo creer! ¡Después de tantos años! ¿Es usted policía? —preguntó con curiosidad.

—No, señora, soy periodista.

—¿Periodista? ¿Va a escribir un libro sobre ellas?

—No, voy a intentar ponerme en contacto con la policía que llevó a cabo la investigación y con los familiares y amigos de las desaparecidas para realizar un programa de televisión. ¿Usted las conocía?

—Por supuesto que las conocía... Arlet, cuando desapareció, trabajaba aquí en el hotel. Yo era un poco más joven que ella, pero éramos muy amigas. Aquello fue todo muy raro... Se lo digo yo,

todo lo que le ha pasado a esa familia es demasiado extraño. Por cierto, las desapariciones las llevan los Mossos d'Esquadra, pero hágame caso, si usted quiere saber bien todo lo que se investigó, debe de ponerse en contacto con el teniente Romero y con el sargento Rodríguez de la Guardia Civil, aunque ellos ya están jubilados, nunca han dejado de buscar a las hermanas Arrufat. Son los que más saben sobre el tema. Ya verá, hable con ellos. Suelen venir a almorzar todos los jueves.

—Perfecto, me pondré en contacto con ellos. ¿Usted también conoce a Josep Arrufat?

—¡Claro que sí! Es el hermano pequeño de Arlet y Francina y un gran amigo mío. Aquí en el valle todos le conocemos por Pepet. Su padre, el señor Oriol, ya está muy mayor... Pobre hombre, no sé cómo todavía sigue con vida después de todo lo que ha sufrido... Si quiere yo tengo el teléfono de todos ellos.

—De acuerdo, subo a la habitación a dejar mis cosas y luego yo me informa de todo.

—¿Necesita que le ayude? —preguntó Regina, ofreciéndose.

—No se preocupe, ya puedo sola, muchas gracias.

Cloé salió del hotel y se dirigió a su coche. No se acababa de creer el golpe de suerte que había tenido reservando una habitación en el Terralta. Regina, conocedora del caso de las desapariciones, se había prestado a ayudarla y seguro que le iría muy bien para tomar contacto con el valle. Cargada con su maleta, su maletín y una bolsa de mano, llegó a la habitación 103. Al abrir la puerta entró en una acogedora habitación con una amplia cama. Soltó sus cosas encima de la mesa, se quitó su mascarilla y se dirigió hacia la ventana. Abrió los postigos de madera y se quedó prendada del paisaje que se divisaba. Estaba en pleno Prepirineo, el lugar perfecto para desconectar de todo. Respiró profundamente e intentó que sus pensamientos no se dirigieran hacia Gorka. Deshizo su equipaje e instaló encima de

la mesa su ordenador, el dossier sobre el caso, una libreta y sus bolígrafos de colores.

Sentada en la butaca, abrió el dossier y buscó el teléfono de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Ripoll. Marcó el número y esperó. Un agente la atendió y, después de presentarse, la pasaron directamente con el intendente, con quien acabó acordando una cita para el día siguiente a las nueve de la mañana. El intendente Roig se había comprometido a informarla sobre la investigación llevada a cabo por los Mossos d'Esquadra.

Cogió su libreta y un bolígrafo y decidió bajar a recepción. Empezaría a recoger información de mano de Regina.

La encontró en la barra del bar. Cloé se acercó a ella.

—¿Le podría hacer unas preguntas?

—Por supuesto. ¿Quiere tomar algo?

—Un café con leche bien caliente.

Regina preparó dos y se dirigió a una mesa.

—Vamos a sentarnos aquí. Ahora mismo no tengo mucho trabajo y podemos hablar tranquilamente. —Se sentaron en una mesa frente a la chimenea. Cloé abrió su libreta—. ¿Qué quieres saber?

—Me gustaría que me hablase de Arlet.

—¡Ay, Arlet! Pobre muchacha... Mira, Arlet empezó a trabajar aquí en agosto de 1972. Aquel verano, una empleada de mi madre que se encargaba de la limpieza de las habitaciones y de la lavandería sufrió un accidente. Así que mi madre corrió la voz por el valle buscando a alguien para sustituirla. Así fue como se enteró Oriol del trabajo para su hija y se presentó aquí para hablar con mi madre. Recuerdo que le acompañaba su amigo Leonardo. En un principio, a mi madre no le hizo mucha gracia contratar a Arlet, en el valle, las malas lenguas, hablaban mal de ella, pero lo cierto fue que resultó ser una joven muy trabajadora y cumplidora. Mi madre estaba encantada con ella. Jamás faltó al

trabajo y siempre era muy puntual. Por eso, aquel miércoles 17 de mayo de 1978, cuando no se presentó a trabajar, mi madre se preocupó mucho y fue hasta la casa de su padre para preguntar qué era lo que había ocurrido. —La puerta del hotel se abrió y entró una señora mayor que, pese a la edad que aparentaba, se movía con gran agilidad—. ¡Mire qué casualidad, aquí viene mi madre! Ella se lo explicará mejor...

Después de presentarse, Dolors continuó con el relato que había empezado su hija.

—Cuando llegué a casa de Oriol y le expliqué que Arlet no había venido a trabajar, aquel hombre rompió a llorar. Me contó que hacía unos días había tenido una fuerte discusión con su hija y Arlet había decidido abandonar su casa y trasladarse a vivir a casa de su abuelo, que había enviudado hacía poco tiempo. A partir de ahí no sabía nada más de ella. —Dolors paró de hablar para bajarse un poco su mascarilla y dar un sorbo a la infusión que su hija le había preparado—. Yo misma le acompañé a casa de su suegro, pero aquel engreído y malcarado señor Josep le soltó una sarta de insultos que dejó al pobre Oriol hundido. Acusándole de mal padre y de ser un títere de sus amigos, se rio de él. Le dijo que se olvidara de su hija Arlet, que aquella nieta suya era la única Puig que había en toda su familia. La única que valía la pena. Luego nos dio un portazo y no lo volvimos a ver.

—No entiendo, ¿y la mujer de Oriol no habló con su padre?

—Roser, que así se llamaba su mujer, había fallecido hacía algunos años, no sabría decir cuántos, pero sí recuerdo que sus hijos eran muy pequeños. Arlet, que era la mayor, debía de tener unos diez o doce años. Y la verdad es que Roser tampoco se llevaba bien con sus padres. Esa mujer era como un alma en pena... Tenía siempre una tristeza en su cara... Pero bueno, como le iba contando, cuando el abuelo nos echó de su casa, Oriol temió que Arlet se hubiese marchado a Ribes de Freser con sus amigos. Lo

cierto era que aquella muchacha se rodeaba de unas amistades que más valía tener lejos, no sé si me entiende, aquellos chicos eran unos gamberros y unos drogadictos y Oriol estaba muy preocupado con esas compañías, sobre todo porque se había enterado de que Arlet se había echado un novio que se llamaba Xavier... Arlet era muy trabajadora y cumplidora, pero también hay que reconocer que no tenía freno. Era algo extraño. Por un lado, era muy sensible y por otro, un bloque de hielo. A mí me daba la sensación de que tenía una gran falta de cariño y que nunca superó la muerte de su madre. En alguna ocasión había comentado lo injusta que había sido la vida con ella, llevándose a su madre cuando más la necesitaba... La verdad es que a mí me daba mucha pena. Al principio no me hizo mucha gracia que empezara a trabajar aquí, pero luego la cogí un gran cariño. Creo que ha sido la mejor trabajadora que ha pasado por este hotel...

—Mamá, explícale lo que tú piensas de su desaparición —le refirió su hija, interrumpiéndola.

—Yo tengo mi propia teoría. Arlet desapareció a la fuerza. ¡Qué es eso de que desapareció voluntariamente! De eso nada, si se hubiese ido voluntariamente habría renovado su carné de identidad, no puede vivir indocumentada, ni aquí ni en ningún lugar. Yo creo que a Arlet se la llevaron. Su abuelo dijo a la Guardia Civil que aquella mañana había salido de su casa a las siete y media para venir a trabajar, iba con su bicicleta que acabaron encontrando en la cuneta de la carretera. Así que una de dos, o alguien se la llevó en un coche con malas intenciones o puede ser que viese algo relacionado con el asesinato de Annette.

—¿Cómo? ¿El asesinato de Annette? ¿Quién es Annette? —preguntó Cloé sorprendida.

—Annette era la mujer de Leonardo, el barón de Codina. ¿No sabe usted que la asesinaron en el valle?

—No tenía conocimiento de ese suceso. ¿Cuándo fue asesinada?

—El mismo día que desapareció Arlet. Para mí son demasiadas coincidencias, pero la Guardia Civil siempre pensó que eran dos casos diferentes y que no estaban relacionados. Ellos se emperaron en que Arlet había marchado voluntariamente...

—Pero hubo una investigación policial, supongo que se basarían en algo para afirmarlo, ¿no?

—Claro que hubo una investigación, pero si tienen que sacar conclusiones después de interrogar a sus amistades ya me imagino yo lo que pensarían... No se crea que, hoy en día, ya no están tan seguros de lo que afirmaban hace años... Ahora yo creo que no lo tienen tan claro, sobre todo por lo que ocurrió después.

—¿Se refiere a la desaparición de su hermana Francina?

—A esa desaparición y al cuerpo sin vida que se encontró en el bosque, la llamaron «La reina de las nieves» y nunca se pudo identificar.

—En el expediente que tengo no nombran que hubiesen encontrado ningún cuerpo —dijo Cloé, sin dejar de tomar nota de todo lo que explicaba Dolors.

—Usted hable con el teniente Romero y con el sargento Rodríguez, ellos le explicarán todo lo que usted quiera saber. A lo largo de los años abrieron muchas líneas de investigación y nunca abandonaron ninguno de los dos casos. Si alguien conoce todo lo que ocurrió en el valle son ellos, lo saben absolutamente todo, todo menos lo más importante, ¿dónde están las dos hermanas?

—Sí, hablaré con ellos. Ya me ha dicho Regina que todos los jueves vienen a almorzar aquí. Así que mañana los veré.

—Ahora mismo los voy a llamar para explicarles a quién tenemos en el hotel. Sobre todo, para que vengan preparados.

—Dolors se levantó y se dirigió al mostrador de recepción, desde la mesa se la oía hablar con alguien por teléfono.

Cloé terminó de organizar sus notas y se dirigió a Regina.

—Tengo la dirección de Josep Arrufat Puig, pero no tengo su teléfono, ¿me lo podría dar para ir a hablar con él a su casa?

—Eso no será posible hoy —dijo Dolors que ya venía hacia la mesa—. Me lo he encontrado esta mañana y me ha comentado que iba al hospital de Campdevàrol. Los médicos le han citado a las doce, a Leonardo le ha dado un ictus y está muy grave.

—¿Qué dices, mamá? ¿Cuándo ha pasado? —preguntó Regina sorprendida.

—Ayer por la tarde, yo me he enterado esta mañana. Venía a decírtelo...

—Pobre Leonardo, lo último que le faltaba.

—¿Quién es Leonardo? —preguntó Cloé, ya que había oído nombrar ese nombre en varias ocasiones.

—Leonardo es el barón de Codina, un personaje muy peculiar que es un gran amigo de Oriol y Pepet. Otro desgraciado que no se va a llevar de esta vida ni una triste sonrisa. Solo desdicha tras desdicha... —contestó Dolors.

—Mamá, también sería interesante que Cloé hablase con Mateo, ¿no? Él también tiene mucha información sobre todo lo que ocurrió —propuso Regina a su madre.

—Es cierto, él siempre ha estado al lado de ellos y conoce perfectamente todos los hechos —contestó Dolors cogiendo su móvil—. Creo que tengo el número de teléfono de la sacristía.

—¿La sacristía? —preguntó sorprendida Cloé—. ¿Quién es Mateo?

—Es el cura del pueblo. Bueno, ahora ya está muy mayor y tiene a un joven seminarista que le ayuda, pero él se niega a abandonar su trabajo y continúa con sus labores. Aquí tengo el número, le voy a llamar y de paso le pregunto por Leonardo.

Dolors se retiró de la mesa para hablar por teléfono.

—Y de Francina, ¿qué es lo que sabe?

—La desaparición de Francina ocurrió mucho más tarde, creo que fue por el año 1993, no estoy del todo segura. La verdad es que Francina no tuvo suerte en su matrimonio. Se casó con un joven leñador de Ribes que tenía la boca muy grande y la mano muy suelta... Pobre Francina, sufrió mucho en su matrimonio. Fíjese que un día de Año Nuevo, después de recibir una gran paliza, se vino andando desde Ribes a Campelles en medio de una gran nevada. Llegó destrozada y tardó semanas en recuperarse. Después de aquel episodio se armó de fuerza y acabó separándose de aquel energúmeno. Ella se quedó a vivir en Campelles, en casa de su padre, pero Primitivo, que así se llamaba su exmarido, constantemente venía a casa de Oriol a increparlos para que ella volviese a casa, incluso, en más de una ocasión, tuvo que intervenir la Guardia Civil. Después del divorcio, cuando ya todo estaba más tranquilo, Francina salió una mañana de su casa para ir a buscar setas y nunca más regresó...

—Creo que el exmarido fue detenido como sospechoso por su desaparición, ¿no?

—Así es, pero lo tuvieron que soltar porque no encontraron nada que lo relacionase con la desaparición de su exmujer. Yo no sé qué creer... Él es una persona de pocas luces y el teniente Romero no le quitó el ojo de encima durante años. Desde luego, él jura y perjura que no tuvo nada que ver con la desaparición, pero claro, como nunca se encontró el cuerpo...

—Ya... ¿Él continúa viviendo en el valle?

—No, él acabó marchándose de aquí. Algunos dicen que se fue a vivir a Andorra, pero con seguridad nadie lo sabe. Aunque nunca se le pudo acusar de la desaparición de Francina, en el valle sí que lo hicieron y todo el mundo acabó dándole la espalda.—Regina miró el reloj y acto seguido se levantó de la silla—.

Debo de dejarte, se está echando encima la hora de la comida y lo tengo todo por hacer. Lo siento.

—Vaya, por favor, no se preocupe y muchas gracias por todo lo que me ha explicado.

—Encantada de colaborar —contestó Regina, entrando a la cocina.

Cloé cogió su móvil. Era la una menos cuarto. Contestó a algunos WhatsApp y miró su correo. Sin nada más que hacer hasta la hora de la comida, decidió ir hasta Campelles. Visitar el pueblo no le llevaría mucho rato.

Recorrió con mucho cuidado los pocos kilómetros que separaban El Baell de Campelles. En cuanto divisó el pueblo, no pudo evitar quedar perpleja ante aquel encantador lugar que rezumaba una gran belleza medieval. Aquel pequeño municipio, donde apenas habitaban un centenar de vecinos, estaba rodeado de montañas que le otorgaba un aspecto mágico. Parecía mentira que en aquel idílico lugar hubiesen ocurrido sucesos que habían acabado perturbando aquella paz que transmitía.

Aparcó su coche a la entrada del pueblo y decidió recorrer a pie las pocas calles que formaban el núcleo urbano. Pronto llegó a la plaza del Ayuntamiento, donde se paró para poder impregnarse de aquel ambiente rústico y montañoso que le ofrecía aquel entorno ubicado a dos pasos del Pirineo. No le llevó mucho tiempo recorrer las calles del pueblo. Localizó la casa de Oriol Arrufat y la iglesia. Durante el paseo que había dado por el pueblo no se había cruzado con ningún vecino. Sí que se había fijado que las chimeneas de algunas casas humeaban, hecho que indicaba algún tipo de actividad, pero por la calle no había nadie. Daba la sensación de ser un pueblo fantasma.

Cloé decidió ir a tomar una cerveza a un restaurante que había visto en la calle Mayor. A ella le gustaba conocer a la gente del lugar y en esta ocasión parecía que todos estaban escondidos.

Entró en el restaurante y se dirigió a la barra. Parecía que los astros le habían abandonado, allí no había nadie, solo el camarero que le preguntó si quería mesa para comer. Después de decirle que no, pidió una cerveza y se sentó en un taburete. El camarero le sirvió una caña y siguió con su faena en la barra.

Cloé miró a su alrededor y acabó sacando su móvil del bolso. Mientras se tomaba la cerveza estuvo leyendo información sobre el pueblo de Campelles. Fue cuando descubrió que El Baell era una pedanía que pertenecía al propio municipio. También buscó información sobre el asesinato que le había comentado Dolors, pero no encontró nada por internet. Le diría al intendente de los Mossos que le informase sobre ese suceso que había ocurrido en Campelles. Miró la hora y decidió irse para el hotel. Era la hora de la comida.

Cuando llegó al Terralta, el comedor estaba más animado. Dos grupos de personas estaban comiendo en diferentes mesas. Cloé se acercó a aquella bonita chimenea situada en el centro de la estancia para calentarse. En ese momento, Regina salió de la cocina cargada con algunos platos.

—Cloé, aquella es tu mesa —le dijo señalando el lugar—. Cuando quieras puedes sentarte. Te he dejado la carta para que puedas pedir, aunque yo te recomiendo el plato del día: fricandó.

—Perfecto, me parece genial, me encanta el fricandó. Lo pediré.

—¿Quieres un consomé de primero?

—Sí, con este frío apetece un poco de caldo.

—Pues enseguida te lo traigo —le aseguró Regina.

Cuando acabó de comer, se retiró a su habitación. Se estiró en la cama y estuvo repasando las notas que había tomado a lo largo de la mañana. Con el silencio que reinaba en aquel lugar, no tardó en quedarse adormilada. Unos golpes en la puerta la despertaron. Retiró las hojas que habían quedado

esparcidas encima de la cama y se dirigió a la puerta. Al abrir vio a Regina.

—Siento molestarte, ¿estabas descansando?

—No, tranquila, me he quedado un poco traspuesta revisando mis notas.

—Es que mi madre me acaba de llamar y me ha dicho que ya ha localizado a Mateo. Si quieres hablar con él puedes pasarte por la sacristía de la iglesia esta tarde. Estará allí desde las cuatro hasta las seis.

—Perfecto —dijo Cloé, mirando la hora en su reloj—. Pues voy a espabilarme e iré a Campelles. Ya son las cuatro menos diez.

—Por eso he subido a avisarte. Ten cuidado con la carretera, a la que se va el sol hiela y el asfalto se convierte en un peligro —le recordó Regina.

—Muchas gracias, tendré cuidado.

Cloé se preparó y no tardó en poner rumbo a Campelles.